

**MITO Y FRUSTRACIÓN DEL
INDIGENISMO ANDINO**

*Disertación del académico Dr. Martín A. Noel al incorporarse a
la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
el 28 de junio de 2000*

*Discurso de recepción a cargo del académico Vicepresidente
en ejercicio de la Presidencia Dr. Jorge A. Aja Espil*

Señor Presidente, señores académicos, señoras y señores:

Se me ha conferido la honrosa tarea de hacer el elogio del nuevo Miembro de número de nuestra Corporación, el Profesor Martín Alberto Noel, llamado a ocupar el sitial puesto bajo la advocación y memoria de don Antonio Bermejo, y de presentarlo al tiempo de pronunciar su conferencia inaugural, con la que inicia sus actividades en esta Institución.

Bien conocida es la obra vital de Martín Noel; no obstante ello, y siguiendo la tradición académica de esta alta casa de estudios es menester hacer una semblanza de su trayectoria, de su pensamiento y de sus logros.

Me adelanto a decir que el flamante académico posee la sabiduría de la inteligencia y la del corazón. Cumple así con el voto de Rivadavia, quien al inaugurar la primera Academia de Medicina expresaba: “Para ser académico se requiere, además de poseer conocimientos científicos de la materia, ser un hombre moral”. El mejor pergamino, pues, para ingresar a esta casa, es la estatura moral del aspirante, y -lo reitero- nuestro recipiendario de esta tarde es académico de saber y de virtud.

Niño aún, parte con su familia a París, donde permanecerá un largo tiempo en el que concluye su primaria y cursa los tres primeros años del bachillerato en el Lycée Janson de Saily. Sin duda fueron estos hontanares franceses los que sembraron sus afanes y fervores intelectuales.

De regreso a su patria, finaliza sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Recuerdo bien cómo

mi joven camada envidiaba y respetaba a ese estudiante del año que nos precedía, capaz de sortear con holgura las rigideces de la cátedra de literatura, ejercida por un severo profesor de la lengua castellana. Y fue esa vocación precoz la que condujo a Noel a la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte, en donde se formó en las disciplinas del pensamiento para egresar con diploma de honor en el año 1943. Enseguida, su tesis doctoral sobre el “Regionalismo de Maximiliano Leguizamón”, calificada con sobresaliente por un jurado integrado por Ricardo Rojas, Carmelo Bonet y José María Monner Sans. En este trabajo se encuentra ya la semilla de su cuentística pegada a la tierra y a los dolores y alegrías que ella cobija.

Luego vinieron los años de la docencia, consagrados a la cátedra de Literatura Iberoamericana II en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y que corona con su titularidad, lograda tras un concurso de oposición en 1956. Como profesor visitante dictó cursos y conferencias en universidades extranjeras. Estados Unidos, Francia y Latinoamérica tuvieron oportunidad de escuchar su inglés y francés preciso y elegante, con un enfoque hispanoamericano.

Noel ha cultivado la novela, el ensayo y la crítica literaria, preferentemente sobre trasfondos de carácter social. Aun en su obra de ficción se caracteriza por su condición de escritor identificado con la realidad del país y preocupado por los valores éticos. Irrumpe en el campo de la narrativa, en el año 1947, con su celebrada novela *Andanza porteña de Simón Badajo*, un duro enjuiciamiento de la sociedad cosmopolita en el Buenos Aires de entonces.

En 1953 obtiene el Premio Peuser con *La Balsa*, otra exitosa novela donde, una vez más, desnuda con acierto los distintos estratos sociales argentinos. Poco después, en 1960, escribe *La Chilena*, que se consagra en ese momento como la mejor novela argentina de 1960, merecedora del Premio Benito Lynch otorgado conjuntamente por el Fondo Nacional de las Artes y la Sociedad Argentina de Escritores, así como también el Primer Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. Destaca su prologuista, Héctor Tizón, que Noel marca con ella el “gran camino del reencuentro de los escritores argentinos con el

país”. La lectura de este libro es un placer, ya que rebosa de vida y de ternura; con él nuestro recipiendario alcanza la consagración definitiva como escritor “al dar vida a una mujer llamada a integrar la galería de los personajes humildes pero inolvidables de nuestra literatura”, según el juicio de Roberto Giusti. No menos atrapante es su novela *Oveja Negra*, del año 1967, centrada en el problema de la responsabilidad social y moral de la riqueza, que logra el Premio PEN Club, y con la que obtiene el Segundo Premio Nacional de Literatura en el período 1965-67.

Toda la novelística de Noel se mueve en dos espacios bien demarcados: el de la estética y el de la sociedad. Si bien en las décadas del 40 y del 50 la sociología tenía mucho de lucha ideológica, en Noel se traduce como la conciencia de la sociedad sobre el comportamiento humano. Diría que ha sido un permanente vigía de la sociedad argentina, y es por ello que sus primeras novelas han pasado a integrar los clásicos de la literatura social argentina.

Siempre atento a los problemas cruciales de la Nación -sufre sus males como propios- y violentando su fuero íntimo, Noel renuncia en el año 1962 al cargo de Director del Museo Nacional de Arte Decorativo -recinto recoleto propicio para sus desvelos culturales- a fin de asumir como Subsecretario de Estado en el Ministerio de Defensa, donde pondría de relieve su estricto sentido de la función pública. Quizá de este tránsito fugaz por la política nacen sus meditaciones cervantinas sobre las armas y las letras, expuestas en un atractivo artículo aparecido en la revista *Fundación Política y Letras*. Allí se pregunta Noel: “¿Quiénes han de prevalecer en la sociedad? ¿Los letrados, los doctores que elaboran el Derecho? ¿Los políticos duchos en la administración de la cosa pública y el arte de la retórica, o los hombres de armas?” Sabe bien que fuerza y política operan la real división de poderes que subyace en nuestra dramática historia patria, por lo que Noel concluye que la subordinación de la fuerza a la juridicidad, y de las instituciones castrenses al poder estatal, se logra en torno al equilibrio entre los principios jerárquicos de orden y autoridad,

inherentes a las carreras de armas, y los fueros de la libertad y dignidad, salvaguardados por la civilidad.

Su enjundioso estudio titulado *Teoría y práctica de los movimientos sociales latinoamericanos*, que data del año 1974, marca el inicio de una temática fascinante en la labor de Noel: el clamor del indígena en la áspera tierra andina. Tras analizar las pautas doctrinarias que inspiraron los movimientos sociales indigenistas, señala enseguida sus fracasos al querer materializarse en la imperfecta realidad. Lo inédito es que Noel indaga esta realidad social en el campo de la novelística regional de América, concentrada en escritores de Perú, México, Cuba.

En el año 1996 publica su último éxito, de parco título aunque con mucho de mordiente: *Sí, juro*. Esta valiosa biografía novelada fue escrita con la convicción de que aquello que no está documentado resulta tan importante como lo que sí lo está, porque lograr una simbiosis entre lo temporal y lo intemporal, destilando las esencias de una época, tiene más enjundia que la mera trasposición al papel de una circunstancia histórica. Su protagonista, el general Agustín P. Justo, no aparece sólo como una figura patricia sino como un ser humano con sus luces y sus penumbras, y en donde la vida cotidiana influye sobremanera en lo político.

Esclareciendo el sentido del título, Noel pone en boca del entonces flamante presidente argentino, estas palabras cruciales: “Puedo anunciar que cumpliré la Constitución como se jura, con los ojos cerrados ...” Noel no ignora que rara vez los gobiernos han hecho lo que prometieron hacer antes de ser elegidos, endilgando al predecesor las dificultades que deben enfrentar.

Sobre el cañamazo de la incompreensión mutua entre dos generaciones (la del presidente Justo y la de su primogénito Liborio), Noel va bordando los pormenores de su novela que preanuncian la grave crisis social que sacudiría a la Argentina a mediados de la década de los 40.

Recorrer las hojas de esta novela histórica, o historia novelada, resulta fascinante para el estudioso de la política nacional e imprescindible para todo argentino que quiera entender, conocer y averiguar sus raíces. Escojo una página elocuente de Noel donde pulsa el pensamiento íntimo del

flamante mandatario para traducirlo así: “¿Serán estos conservadores de 1932 como los de antes? (...) Gracias a ellos, a los tan vapuleados conservadores, los argentinos habían conocido algo que en 1932 parecía haberse perdido: ganas de volar muy alto en la concepción de su porvenir, el sentimiento de una universalidad en la que debíamos insertarnos, en vez de seguir siendo apéndice sureño de un mapamundo en el que apenas si parecíamos figurar a título didáctico.”

En la nota preliminar a su valioso aporte para la comprensión de la política argentina, escribe estas líneas plenas de honestidad intelectual: “No puedo omitir en esta referencia a fuentes utilizadas, el recuerdo personal; recuerdos de episodios vividos en la adolescencia, en tiempos de “policías bravas”, de boinas blancas radicales y boinas coloradas conservadoras. Fuertes vínculos con los primeros, por la rama paterna, y no poca relación con los segundos, por la materna, nos han permitido la visión equidistante de una época de discordia, ese signo de nuestro destino como país.”

Como se aprecia, Noel testimonia sobre los hechos del pasado que oscilaron entre radiantes esperanzas e inmensas frustraciones, pero rebasando su sola trascendencia para lograr cautivarnos y emocionarnos.

Destaco aquí el valor de la literatura como dimensión histórica si se sabe leer en profundidad y no sólo como un bello pasatiempo. Al reflejar la vida de los hombres de carne y hueso la literatura adquiere un signo cálido que palpita al unísono de lo vivo y se aparta del recitado apoyado en barruntos o meros pareceres.

Sus agudos juicios y semblanzas sobre Paul Groussac, Ezequiel Martínez Estrada, Leandro N. Alem y novelistas argentinos, lo muestran siempre en una posición ecuánime y ponderada. Sus artículos periodísticos y sus notas bibliográficas volcadas en el diario La Nación, siempre informativos, ecuánimes y respetuosos, lo llevan a la meditación para terminar ofreciendo verdades de peso al lector.

En el año 1991 se lo elige miembro de número de la Academia Argentina de Letras, y al posesionarse en el sillón que había honrado Esteban Echeverría leyó un estudio titulado

Hispanoamérica: formas de la aventura, trabajo ejemplar que revive su experiencia político social acumulada a través de una larga serie de estudios que arrancan con el ensayo indigenista ya mencionado, escrito veinte años atrás.

Nos recuerda Noel que, instaladas las nacionalidades, desde México abajo una palabra comenzó a estar en boca de muchos y, al igual que ciertos amuletos, esa mágica palabra de cuatro sílabas, “revolución”, lleva ínsito el poder de corporizar lo inmaterial, de darle el ser, de transubstanciar la injusticia en equidad, la opresión en libertad. No puede silenciar Noel su admiración por ese “singular planteo que fue la revolución indigenista diseñada en Perú por Haya de la Torre y venerada por su séquito intelectual de historiadores y hombres de letras”. Pero también pone su grito de alarma cuando nos advierte sobre el “retrogradar, bajo especie de revolución, hacia lo primigenio”. En el desandar la historia, o sea hacerla al revés -según sus palabras- trae el ejemplo de “una isla del Caribe con forma de lagarto, donde las cosas pasan a esta hora, tal como pasaban antes de las carabelas de Fernando e Isabel (...) en que nada sabían del ‘meum’ y el ‘tuum’.

Noel concluye su brillante conferencia con una admonición al ciudadano de hispanoamérica: “que esté atento al ‘poco a poco’ de la reforma en vez de la aventurada revolución.” Le sobra razón ya que, en tiempos de desánimo, el viejo y el nuevo rumbo es un dilema que se filtra en el alma ciudadana. Como se aprecia, Noel se ha adentrado en el tembladeral político y social de América Latina, ahuyentando prédicas revolucionarias y haciendo votos por una convivencia democrática.

Señoras y Señores:

Mucho más podría agregar a lo hasta aquí expresado, que es apenas el telón de fondo de una vida ejemplar, pero ustedes estarán impacientes por oír al flamante académico.

Sólo me resta decir a mis colegas académicos que encontrarán en Noel mucho en común: su amor a la familia, a

los amigos, a la patria y a los valores éticos. Que leer a Noel es como conversar con él: la misma amabilidad, la misma transparencia, la misma lucidez.

Doctor Martín Alberto Noel: en nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, lo recibo con la alta consideración de quien ha seguido muy de cerca su fecunda trayectoria y con la alegría que ello suscita en una amistad de muchos, pero de muchos años.

MITO Y FRUSTRACIÓN DEL INDIGENISMO ANDINO

Por el académico DR. MARTÍN A. NOEL

Muchas gracias, doctor Aja Espil. La generosidad es un rasgo de su personalidad. Se ha expresado tal virtud, en este caso, con palabras que, al mismo tiempo, me conmueven y halagan, por provenir de un hombre de su prestigio intelectual y moral.

En aras de una mayor precisión semántica, hubiésemos podido titular estas páginas “Indianismo e indigenismo”. Estos eran los términos con que, distinguíamos, de modo concordante, dos actitudes disímiles frente al problema de las culturas andinas anteriores a la llegada de los españoles.

En el indianismo creíamos ver la idealización de las etnias amerindias, elevadas al nivel de soñados paradigmas. Como si antes de su sometimiento al dominio hispánico aquéllas hubiesen vivido una idílica edad de oro. En el vocablo indigenismo, en cambio, se ponía el acento sobre la condición político-social de los núcleos humanos andinos y se privilegiaba la lucha en favor de las reivindicaciones de éstos. Con miras a servir la causa de la absorción de los amerindios en el seno de nuestro occidentalismo.

En tal sentido, intentaremos principalmente recordar a una generación de pensadores y estudiosos peruanos que, en su patria, quisieron sublimar el Inkario. Desde el libro o desde la acción. En este último caso como militantes políticos,

empeñados en recrear fundamentos sociológicos prehispánicos y en transferir a éstos los aportes de la modernidad.

El tema elegido no es extraño a nosotros, sino en parte. No obstante la ausencia en la Argentina de culturas precolombinas importantes, está vivo nuestro sentimiento de confraternidad telúrica. Baste con recordar el antecedente histórico del sol de la bandera nacional, reminiscencia de aquel proyecto de entronizamiento de un miembro de la dinastía incaica, presentado en el congreso de Tucumán. Y, a mayor abundamiento, no olvidemos que las proclamas de la independencia fueron redactadas en castellano, en quichua y en aymará.

Comenzaremos para calibrar debidamente el arrobamiento andinista con el entrecomillado de una cita: “Habían recorrido los caminos y atravesado los puentes; se alojaron en los tambos -posadas- y vieron correr a los postillones de garita en garita, abrieron los depósitos fiscales henchidos de todo género de recursos, franquearon las arrogantes fortalezas, treparon por las terrazas agrícolas que convertían las montañas en domésticas sementeras, plantaron la cruz cristiana sobre los santuarios solares y cuando llegaron a Cuzco, a la ciudad sagrada, se encuentran con algo que no tiene comparación en la España de que proceden: tienen que recordar lo más grandioso, como el puente de Segovia o el Alcázar de Toledo, y aún así, la ciudadela de Sajsahuaman queda insuperable. El crescendo del entusiasmo no tiene límites y siguen pasmándonos. “Estos caminos dejan atrás las vías romanas. Cuzco está toda edificada en piedra de cantería, los palacios son amplísimos, con patios y jardines interiores. El templo del sol está todo chapeado en oro. Esplendor, belleza y majestad por todos lados. Cuzco es un tesoro arquitectónico”.

El párrafo transcripto, extraído de la obra titulada *Ruta Cultural del Perú*, de Raúl Valcárcel, vehemente apologista del Incario, puede servir como introducción a cuánto se diga acerca del exacerbado sentimiento de devoción hacia el mundo americano pre-hispánico, que está en la raíz de lo que hemos denominado indianismo.

Lo cierto es que, en las zonas del Pacífico latinoamericano, que abarcan en su conjunto el territorio antiguamente ocupado por el Imperio incaico -Ecuador, Perú, Bolivia y Norte argentino- el ideal de un cambio fundado en el retorno a las tradiciones del mundo precolombino conservó combativa actualidad durante las primeras décadas del siglo veinte.

Y son algunos escritores peruanos de entonces quienes defendieron con mayor energía la necesidad de instaurar una estructura socialista, inspirada en el orden de cosas preexistentes a la Conquista.

Cuadra diferenciar, sin embargo, a los indigenistas calificables como pragmáticos, empeñados en una rehabilitación política y económica del nativo, de los que sólo podemos considerar como partidarios de una utópica resurrección de lo abolido por la evolución histórica.

A la primera de estas corrientes -la que nos interesa destacar- pertenecen Raúl Valcárcel y Uriel García. La obra de este último está centrada en el “nuevo indio”, como denomina al hombre peruano de hoy, en el cual el originario sustrato quíchua se funde, biológica y espiritualmente, con el atavismo europeo. A pesar de sus concesiones a cierto espíritu nacionalista, tanto Valcárcel como Uriel García aspiran al aprovechamiento racional de las características de signo positivo del indígena peruano, amoldándolas a las exigencias del mundo contemporáneo. Limitado por las premisas dogmáticas de su ideología marxista se presenta en cambio, en su texto capital -*Seis ensayos de interpretación de la realidad peruana*- el pensamiento de José Carlos Mariátegui.

El planteo propio de casi toda la literatura indigenista está basado en la confrontación de la importancia numérica de la población vernácula con el estado de sometimiento político-social en que vegeta. Alrededor de cinco millones de indios componían la realidad demográfica del Perú, cuando los autores antes mencionados publicaron sus textos. Y esa proporción holgadamente mayoritaria sólo ha decrecido en parte de entonces a hoy.

El indigenismo peruano se convirtió, en los hechos, en un proyecto tácito o expreso de insurgencia contra la minoría blanca gobernante. Su vehículo será el APRA, movimiento político inaugurado por Haya de la Torre, con la colaboración de un grupo de intelectuales y universitarios de brillante actuación en la cátedra, el periodismo y la vida pública de su país.

En todos estos hombres del elenco directivo del APRA (Acción Popular para la Revolución Americana) subyace en cierto modo la noción, conjeturada por Mariátegui, de que en su personalidad de criollos la hispanidad constituye un elemento de adulteración de esencias telúricas originarias. De esta suerte de estimación subconsciente deriva la creencia, arraigada en la élite dirigente del APRA, de que el indio debe ser algo así como la piedra basal de la nacionalidad. Incontaminado en su pureza milenaria, hasta el desembarco de los blancos invasores, el quíchua americano sufrirá la violación de su alma y de su historia, junto con el estupro de sus mujeres por los intrusos. De este “pecado original” consumado en escala colectiva derivarán, en inconciente simbología, la expulsión del primitivo hombre peruano de su paraíso incaico y su descenso al purgatorio de la servidumbre y la explotación, a él impuestos por el español.

Esta sería la parábola con la cual podría ilustrarse un proceso capital de la historia peruana. Ejemplo característico de esta actitud psicológica lo ofrece Gabriel Valdelomar, distinguido hombre de letras y fundador de la revista hispanófila “Colónida”, quién, a poco de su regreso de la Europa donde reina D’Annunzio, reniega de la cultura occidental, fascinado por el Inkario.

A lo largo de todo el período colonial, el indio se mostrará inaccesible y hosco frente a una sociedad gobernada por los funcionarios hispánicos establecidos en Lima y las ciudades costeñas. Recogido dentro de sí mismo, endureciendo a través del tiempo la hostilidad de su rostro impasible frente a los advenedizos de otro continente, el quíchua de la sierra se segrega, como descendiente del súbdito incaico, del Perú occidentalizado.

“Lo único, casi, que sobrevive del Tawantinsuyu, es el indio. El material biológico del remoto imperio se revela,

después de cuatro siglos, indestructible y en parte inmutable”, observa el autor de los *Siete Ensayos*.

La señalada inalterabilidad del mundo indio autoriza el parangón de éste con algunas sociedades asiáticas, étnicamente vinculadas, según hipótesis valederas, con las poblaciones primigenias de América. El mismo quietismo parece paralizar su marcha en distintas épocas.

Es así como ciertas formas sociales prolongaron su vigencia, intactas a lo largo de los siglos. En el caso del quíchua del Imperio Incaico, las cuatro centurias de sujeción a la hegemonía blanca apenas si hicieron mella en su espíritu. “El indio se ha encorvado física y moralmente, mas el fondo obscuro de su alma casi no ha variado”, apunta Mariátegui.

Louis Bodin ha estudiado con especial esmero la estructura socialista del Incaico. Al recorrer los capítulos de su clásica obra: *El Imperio socialista de los Incas*, en los que se recompone, pieza por pieza, el mecanismo de aquella fenecida teocracia, se vuelve fácil comprender el encandilamiento que produjo en los indigenistas, autores de una coincidente propuesta colectivista para el Perú de nuestros tiempos.

Sin haberse asimilado a la civilización occidental, el quíchua de la sierra continúa fiel a pautas inmemoriales. Así, por ejemplo, el “ayllu”, comunidad agraria comparable con los ex “kholjoses” soviéticos, ha sobrevivido en los valles del interior hasta el presente.

Lo más notable de tales “ayllus” es el culto, por sus miembros, de lo que Julien Sorel definió como “los elementos espirituales” del trabajo. Estos elementos, equivocadamente desdeñados por Carlos Marx, consisten, según el sociólogo Castro Pozo, en la energía, la tenacidad y principalmente el júbilo con que el comunero participa en la cosecha del trigo o de la cebada. Dichos elementos espirituales, inherentes a esa familia campesina que es la comunidad, brilla en cambio por su ausencia en el caso del yanacona, una suerte de siervo de la gleba, que lleva a cabo con desgano las mismas faenas que su hermano de raza del “ayllu”.

No en vano, anota el citado autor de las *Reflexiones sobre la violencia*, “El trabajo depende, en muy vasta medida, de los sentimientos que experimentan los obreros en sus tareas”.

La comunidad provee pues al indio los alicientes morales indispensables para su más alto rendimiento como productor. En *Todas las sangres*, José María Arguedas, el gran narrador indigenista, nos muestra a los indios trabajando en la perforación de un terreno en busca de una veta mineral. Suenan las “pututas” -caracoles- y los cantos se elevan en el aire. El duro trajín va unido al alborozo de la competencia deportiva, pues todos esos hombres saben que su labor redundará en beneficio común.

El socialismo de los incas es exaltado por las figuras más relevantes de la corriente indigenista. “Los canales de irrigación de la sierra y de la costa, los andenes y terrazas de cultivo de los Andes, quedan como los testimonios del alto grado de organización económica alcanzado por el Perú incaico” alega Mariátegui.

Al poner el acento en el sentido teocrático del Imperio Incaico, Valcárcel hace hincapié en sus fundamentos colectivistas. “La tierra es la madre común. De sus entrañas no sólo salen los frutos nutricios sino el hombre mismo. La tierra depara todos los bienes. El culto de la Mama Pacha es par de la heliolatría -culto del sol- y así como el astro rey no es para nadie en particular, tampoco lo es el planeta. Hermanados los dos conceptos en la ideología aborígen nació el agrarismo, que es propiedad comunitaria de los campos y religión universal del sol”. La propiedad colectiva del suelo por el “ayllu” -conjunto de familias emparentadas entre sí- es la base de la economía incaica. Esta posesión comunitaria, aunque dividida en parcelas inalienables, va unida con la socialización de las aguas, las tierras para el ganado y los bosques. Dicha posesión lleva implícita la cooperación en el trabajo, que no impide la apropiación individual de las cosechas.

Para los indigenistas, el régimen colonial impuesto por España desquició la economía incaica, sin aportar en compensación métodos de mayor eficiencia.

Bajo la tutela de una aristocracia nativa, los quíchuas integraban una comunidad de aproximadamente diez millones de

habitantes. Tres centurias después de la irrupción de Pizarro y su puñado de aventureros, la población peruana, reducida a servidumbre, no superaba el millón.

La estadística esgrimida contra los hispanófilos se apoya en otras consideraciones. “El colonizador español que en vez de establecerse en los campos se estableció en las minas, tenía la psicología del buscador de oro”, opina Mariátegui. Y añade: “No era un creador de riquezas. Una economía, una sociedad, son la obra de los que colonizan y vivifican la tierra; no de los que extraen los tesoros de su subsuelo. La historia del florecimiento y decadencia de no pocas poblaciones coloniales de la sierra está determinada por el descubrimiento y abandono de minas prontamente agotadas..”, añade.

Lo expuesto se ajusta a la noción del lucro que tenía el indio. Para quien la ganancia económica es algo ilegítimo. Su signo material, la moneda, o el metal de su materia, asume en su espíritu un sentido pecaminoso.

Al principio las Leyes de Indias promulgadas por la Corona española daban su visto bueno al comunismo indígena. Aún más: este comunismo del ayllu fue trasplantado por los jesuitas a diversas zonas del Perú y, por añadidura, a sus misiones de México y del Paraguay. Más tarde la comunidad indígena fue, en gran parte, suplantada por el latifundio de propiedad privada al cual los indios proveían de mano de obra.

Al producirse la independencia latinoamericana, el latifundio permanece intacto, en tanto la comunidad primigenia es atacada en nombre del individualismo liberal. De tal manera, recalca el autor de *Ruta cultural del Perú*, la supresión de la servidumbre, el reparto de tierras entre los aborígenes y la prohibición de la mita y la encomienda fueron sólo nominales. En un pueblo de idiosincrasia colectivista, como lo es el que hace muchos siglos está asentado en la sierra, acabar con la comunidad no implica el fomento de la pequeña propiedad. En verdad, la destrucción del ayllu se tradujo en la toma de las tierras por los “gamonales”, o sea por los grandes propietarios.

El indio, transcurrido un siglo de régimen republicano, sigue mostrándose reacio al individualismo, reflexiona Valcárcel, y añade: “El individualismo no puede prosperar sino

dentro de un régimen de libre competencia. Y el indio nunca se ha sentido menos libre que cuando se ha sentido solo. Cuando la expropiación y el reparto parecen liquidar la comunidad, el socialismo indígena encuentra en la cooperación dentro del trabajo individual, el modo de reemplazar el trabajo y la propiedad común”.

Los ejemplos de este cooperativismo espontáneo abundan. Carácter habitual tiene la concurrencia de todos los miembros de un ayllu para llevar a cabo gratuitamente -al son de arpas, violines y otros instrumentos musicales- refacciones en los canales de riego, el cerco o la vivienda de tal o cual comunero. He aquí -arriesguemos- un precedente del “contrato colectivo de trabajo”. No son los indios aislados quienes alquilan su fuerza de trabajo a un propietario, sino todos los indios de la comunidad quienes la prestan gratuitamente.

En su novela *Todas las sangres*, José María Arguedas contrasta este sentido de la solidaridad del indígena con los intereses de una firma extranjera. Así se expresa uno de los colaboradores de la empresa, el ingeniero Cabrejas: “Debemos desintegrar esa baja marea que hemos mantenido por siglos unida. Azucemos el estímulo de la ambición: unos contra otros; y, luego, el del predominio del individuo; que prueben el dulzor o el veneno de la ambición individual...”

Aragón de Peralta, el hacendado ávido de riquezas, anhela la extinción del indio, incapaz de sacudir su credulidad supersticiosa y su fe en un legado inmemorial de misterio y leyenda: “que esa masa se disgregue en individuos... Hay que dispersarlos, convertirlos en gente de empresa. De allí surgirá el verdadero hombre peruano. Entonces seremos libres. Todos asociados por la conveniencia y no por la brujería...”

La aptitud del indio para incorporarse a la civilización se demuestra, en la novela citada, con el modelo de la aldea de Tokoswyk, milagro del trabajo comunal. Al visitarla, el ingeniero Hidalgo se sorprende: este poblado de aborígenes va más allá, en materia de cooperativismo, de todo cuanto le enseñaron en Francia al profesional universitario que él ha llegado a ser. Con escasas y precarias herramientas los indios han transformado un monte en una huerta. Su empuje laborioso,

conjugado con una alegría purificadora resucita andenes -o sea terrazas con cultivos de la época incaica en las faldas de la sierra- y construye muchos nuevos.

“Si estos indios embrutecidos por la coca y la servidumbre, han realizado semejante prodigio de ingeniería agrícola ¿qué no harían si tuviesen mejores herramientas?...”, se preguntaba Hidalgo, luego de declararse adicto a “la doctrina social de la Iglesia”.

En *Todas las sangres* José María Arguedas enuncia su ideal: el de una república de indios, en el sentido de una estructura social dentro de la cual no se destruya lo que el Perú tiene de “antiguo”, sino que se tienda a desarrollarlo, en armonía con la realidad histórica de los tiempos modernos.

Así, el alegato a favor de la comunidad indígena no descansa sobre abstracciones ni sentimentalismos, sino en principios de orden económico y social. La propiedad comunal -según los indigenistas- no es sinónimo de economía primitiva. Lejos de ahí, la confiscación de las tierras del ayllu se ha verificado -argumentan- en provecho del latifundio peruano, inapto para el progreso técnico. Porque, añaden, en la sierra el latifundio ha opuesto una resistencia mucho mayor que la comunidad indígena al desenvolvimiento de la economía. Y cuando la comunidad se ha conectado, por medio del ferrocarril, con la red comercial, se ha metamorfoseado en cooperativa.

El indigenismo revolucionario quiso devolver su sentido inicial al nombre del Perú, originariamente “sinónimo de oro, símbolo de riqueza y poder material”. Estas definiciones pertenecen a Raúl Valcárcel.

El indigenismo reclamó la restitución de su protagonismo a la zona serrana de los valles andinos. Esto implica el relegamiento del Perú costero, elegido por los españoles para la irradiación de su acción colonizadora. Estos trajeron a la costa, antes cultivada para alimento de las poblaciones, la explotación, con fines comerciales, del algodón, la vid y la caña de azúcar.

Este mercantilismo occidental causó la destrucción de la primitiva agricultura india, así como de los caminos, tambos, es

decir posadas, y de los “chaskis”, perfecto servicio de postillones de los tiempos imperiales.

“La región litoral fue secundaria en el mundo incaico”, apunta Valcárcel. “El Perú no tenía su fachada hacia el Pacífico sino más bien su muro posterior... Con el afianzamiento de la conquista hispánica, esa traición... al natural destino geopolítico peruano se consolida definitivamente. La República hispanizante ha dado la espalda al Perú de los Andes...”

Para el indigenismo cuadra desestimar el enriquecimiento rápido, por medio de la explotación del suelo y del hombre, establecida por los conquistadores, y reevaluar el sentimiento de comunidad del indio que, como una abeja en su colmena, en cada fracción del territorio que ocupó dejó una huella de su actividad. “Cada agrupación quichua...formó un diminuto cosmos.. El Perú es la suma de estos pequeños mundos originales que tienen entre sí una persistente unidad, la del Tahuantinsuyu, que significa “los cuatro surcos”.

En el plano económico, el indigenismo pide el respeto por las ya mencionadas formas de trabajo cooperativo, aún en vigor en el Perú entre los aborígenes. La antigua modalidad de los servicios mutuos -“ayni”- que hacía posible la labranza de lotes de grupos familiares y la “minka”, aporte de trabajo asociado en provecho común, aún subsiste. Más aún, se ña emplea para la realización de obras públicas, mantenimiento de acueductos y de vías de comunicación.

“La etnología evidencia que el sistema económico introducido por los europeos no ha logrado cambiar la conciencia económica del aborigen peruano, que sigue manifestándose con persistentes rasgos colectivistas”, puntualiza Valcárcel. De ahí la renuencia indigenista a toda política económica de base individualista y propulsora de la pequeña propiedad. En efecto, conforme al originario programa aprista -posteriormente modificado por las circunstancias políticas de la lucha por el poder- de la vieja estructura de la comunidad agraria debía saltarse, sin transición, a las “granjas colectivas”.

Hay además, en los apologistas del Incario, argumentos jurídicos, políticos y morales, para levantar con ellos el andamiaje de un Perú de densa enjundia quichua. En los alegatos

de los escritores que hemos venido citando, el indio es exhibido, con frecuencia, como víctima de toda suerte de iniquidades: dotado, conforme al articulado de un Código inspirado por el liberalismo individualista, de capacidad jurídica para comprar y vender, la argucia de supuestos adquirentes lo priva de vastas extensiones de tierra antes suyas; obligado a salir del pueblo de donde es oriundo se queda igualmente sin sus bienes muebles y su solar; y se aviene resignadamente al servicio forzoso en minas y coteles, donde -como lo denuncia Ciro Alegría en *El mundo es ancho y ajeno*- condiciones infrahumanas dejan sin efecto las sabias previsiones incaicas, que fijaban un máximo de tres meses para la “mita” y prohibían el trabajo del “mitayo” en climas diferentes del de su hogar de origen, así como los cambios de ambiente por más de veinticuatro horas.

Hay, sin embargo, según los indigenistas, una supervivencia de vestigios del Derecho Indiano, que puede tomarse como base para la reconstrucción integral de sus disposiciones. Así, por ejemplo, entre tales remanentes se encuentran las instituciones de gobierno local -curacazgos, asambleas comunales, matrimonio a prueba durante un año, previo a la presentación ante el cura párroco para la ceremonia legal-. Y a todo esto se suman prendas morales, propias de la etnia quichua: probidad, adhesión a normas consuetudinarias, austeridad en el desempeño de las tareas administrativas, fe en la ecuanimidad de los magistrados.

Hasta la duplicidad de la conducta del indio halla su explicación en sus abogados contemporáneos. “No decir la verdad al blanco, ni trabajar para él con ardor y habilidad, ni respetar su propiedad, constituyen casi siempre sus únicos medios de defensa...”, arguye discutiblemente Valcárcel. El gran servicio de la etnología habría consistido, para este estudioso, en la demostración de las potenciales virtudes de cinco millones de peruanos, desvalorizados por una minoría insensible y creída en su superioridad racial.

Nada de lo expresado resulta viable, por supuesto, sin un proceso educativo preliminar que debe comenzar a partir de la lectura y escritura en lenguaje quichua, complementarse con la

enseñanza del castellano y culminar en la dignificación del indio a través de un aquilatamiento justiciero de su cultura ancestral.

Como bien lo dijo el italiano Antonello Gerbi, en su obra *El Perú en marcha*, “el imperio incaico desapareció, aunque la energía espiritual implícita en su tradición sobrevivió a su caída”. Es precisamente esa energía espiritual lo que “opera en el nuevo estado como un ejemplo atávico, como una exigencia de organización y de disciplina, de fuerza y de orden...”

He ahí pues, pergeñado, el mito propulsor de lo que hemos llamado la revolución indigenista. Esta, a través de su expresión política inicial, el aprismo, se propuso desde el principio alcanzar un plausible ideal: el de imponer a Lima, la capital vuelta de espaldas a la realidad de la patria incaica, la urgencia de afrontar la empresa de integrar en la nacionalidad, incorporándola a ella como factor político, económico y cultural, a la gran masa de indios puros.

De cumplirse el proyecto, varios millones de aborígenes, parias en su propio país mudarían su condición marginal en la de ciudadanos. Y la revolución indigenista habría dejado de ser sueño de intelectuales e idealistas para convertirse en palmaria realidad.

En su trabajo titulado *Por la emancipación de la América Latina*, Haya de la Torre había dado, antes que nadie, optimista acogida a todas estas especulaciones. Más, con el transcurrir del tiempo fue templándosele el fervor. Las llamas de la pasión se hicieron en él frías lavas de desencanto. Al frente de turbulentas mayorías, el estudioso se improvisó caudillo, para cristalizar en hechos sus postulados. La suerte no lo acompañó. Conoció la cárcel, la proscripción de su partido, el ostracismo, el prolongado asilo en una embajada. En el ocaso de su carrera política, una angustiosa certidumbre iba a apoderarse de Haya, dictándole un alejamiento deliberado y melancólico. De nada vale querer levantar al indio caído, si ese indio “no quiere” levantarse. Esta sentencia suya pudo ser la de su lápida.

Tal fue la última conclusión a la que llegó el veterano hombre público en sus años postreros, al cabo de un dilatado período de desgaste personal en luchas estériles. Muerto en 1979, Raúl Haya de la Torre ha quedado y quedará sin embargo

para su país y para América, como encarnación permanente de fe en las virtudes potenciales de las etnias precolombinas. Enamorado, acaso sin saberlo, de la imagen del “bon sauvage”, del buen salvaje rousseauiano, que esperanzó las periódicas decadencias europeas, ha dejado, más allá de controvertibles conceptos, un alto mensaje de piedad y solidaridad humana.

Ese yacer en la pasividad, denunciado por Haya de la Torre, será el signo distintivo de los grupos amerindios subsistentes en nuestros días. Para ellos la tradición -del latín “tradere”, traer- se encarcela dentro de su etimología. Es un mero arrastrar sus culturas, a través del tiempo. Como un peso muerto, como un lastre al que no se incorpora la substancia del proceso histórico. Porque la unión de tradición y desarrollo no estorba el reconocimiento de formas de vida y conceptos legales de la época incaica, aún valederos: la exaltación del mundo ritual y mítico, el cuidado de la naturaleza, el sentido de la comunidad y la capacidad de autogobierno.

La cerrazón de reducidos focos indígenas de nuestra América parece ya irreversible. Su prurito de segregación que, a regañadientes, transa con la aceptación de la autonomía, no cesa en la intransigencia de sus manifestaciones: ignorancia del español por un número apreciable, aunque minoritario, de sus miembros; variantes del politeísmo, culto solar y lunar; mantenimiento de un status de servidumbre para la mujer; hostilidad hacia Occidente.

Excepción a esa regla de petrificación cultural ha sido la de los indígenas del Ecuador contemporáneo, organizadores de la Confederación de Pueblos de la Nacionalidad quechua, que brega por el acatamiento de la pluralidad dentro de la unidad. Y, por añadidura, ha logrado la formación de un bloque de diputados indios en la Asamblea Nacional.

Para poner fin a esta disertación traigamos a colación recientes acontecimientos políticos en el Perú. En circunstancias altamente polémicas, sobre las que no cabe abrir juicio en una exposición académica, un candidato de sangre autóctona debió desistir de su postulación presidencial. Para ella, contaba con un considerable respaldo de votos. En este talentoso hombre público, que muestra en su piel y sus facciones la preponderante

ascendencia quichua que asume orgullosamente, no consideramos arbitrario ver al símbolo humano del “nuevo indio” proclamado por Uriel García. Luego de ascender, desde un humilde oficio callejero, a la obtención de un doctorado en economía en la Universidad de Harvard, el “Cholo” Toledo hizo gala, a lo largo de la campaña electoral, de su compromiso indigenista y de su admiración por el Inkario. Millones de indios puros lo siguen y seguirán.

Quizás, dentro de un lustro, veamos al “Cholo” Toledo en el Palacio Pizarro. No debería descartarse con él un rebrote de nacionalismo quichua, lo que abre algunas expectativas inquietantes. Entre ellas la de una reviviscencia de formas populistas y de socialismo agrario. Si así fuese asistiríamos pues a la gestión, como primer ciudadano de su país, de este “nuevo indio” que “quiso levantarse”, que es Toledo, desmintiéndose así el agorero pesimismo del veterano fundador del aprismo.